



*Sumarios de los Ejercicios Espirituales de Cuaresma de 2026
a la Curia Romana.*

Iluminados por una gloria oculta

Mons. Erik Varden

Edición preparada por el P. Álvaro Piñero

Iluminados por una gloria oculta

Sumarios de los Ejercicios Espirituales de
Cuaresma de 2026 a la Curia Romana.

Edición preparada por Álvaro Piñero

A modo de Prólogo

Hay palabras que nos encuentran en el momento preciso, como si hubieran sido pronunciadas para descifrar aquello que el corazón aún no sabe nombrar. En mi caso, este encuentro ocurrió hace tiempo al adentrarme en los escritos de Mons. Erik Varden. Sus páginas, cargadas de una sabiduría que bebe de las fuentes de la cultura y la riqueza de la tradición, fueron para mí un espejo inesperado. En ellas no solo encontré ideas, sino un mapa: un trazo delicado que señalaba los pliegues de mi propio corazón, esas zonas de sombra y luz que apenas me atrevía a reconocer.

El Papa León XIV y la Curia romana entre el 22 y el 27 de febrero de 2026, se reunieron en la Capilla Paulina para los Ejercicios Espirituales de Cuaresma predicados por Mons. Varden. El tema elegido no podía ser más providencial: «Iluminados por una gloria oculta». A través de diez meditaciones el obispo noruego guió al Santo Padre y a

sus colaboradores desde la aridez de nuestras tentaciones hasta la luminosa esperanza de la Pascua, de la mano del realismo y los altos ideales de San Bernardo de Claraval.

Varden nos recuerda que todos cargamos heridas que preferimos ocultar. Vivimos en una época atravesada por un dolor sordo, un hastío que a menudo roza la desesperación. Sin embargo, como bien desarrolla en su última obra en español *Heridas que sanan*, el obispo trapense nos desafía a ver la vulnerabilidad no como una debilidad o un callejón sin salida, sino como una puerta a la gracia. Al contemplar las heridas de la Pasión de Cristo, descubrimos que nuestro propio sufrimiento, unido al suyo, puede transfigurarse. La gloria de Dios se esconde precisamente ahí, en la tribulación, esperando ser el bálsamo que nosotros mismos podamos ofrecer a los demás.

Años después, el Señor me regaló el don de conocer personalmente a Mons. Varden, y aquella admiración inicial se transformó en amistad. Con el anhelo de que este mensaje –tan arraigado en la tradición como urgente para el hombre de hoy– llegue a más corazones, he emprendido la tarea de traducir y adaptar estas meditaciones al español. Lo hago convencido de que «lo más divino es lo más universal», como me recuerda otro gran amigo. En este gesto hay un acto de fe: la certeza de que la Verdad, cuando es auténtica, no conoce fronteras y es capaz de sanar las cicatrices invisibles que pesan en el alma.

En el camino, quizá haya tropezado con imperfecciones: una frase mal pulida, una cita que se resistía a ser traducida, algún eco perdido. Pido perdón por ello. No soy más que un aprendiz, un hombre que cada día descubre, entre asombro y vértigo, que la Gloria se esconde tras la fragilidad de mi propia vida y ministerio.

Antes de que te adentres en estos textos, te ruego algo: reza por mí. Porque editar estas palabras ha sido, en el fondo, un acto de fe. Fe en que la belleza de lo sagrado puede transfigurar hasta el soplo más leve. Fe en que, como aquellos *monjes rebeldes*, aún somos capaces de escuchar –en medio del ruido y la prisa del mundo– el inconfundible murmullo de lo Eterno.

Con todo mi afecto.

P. Álvaro Piñero

Capítulo 1

Entrar en la Cuaresma

La Cuaresma nos conduce a un espacio interior despojado de lo superfluo. Guiados por el Salmo 90 y el Tracto gregoriano, San Bernardo nos invita a un discipulado lúcido y amoroso, caminando desde la esclavitud hacia la tierra prometida sin apartarnos del camino, sostenidos por los brazos eternos de Dios.

La Cuaresma nos confronta con lo esencial. Nos conduce, material y simbólicamente, a un espacio despojado de lo superfluo. Las cosas que tienden a distraernos, incluso aquellas que son sanas en sí mismas, son apartadas por un tiempo. Abrazamos libremente una abstinencia de los sentidos.

La fidelidad al ejemplo y a los mandamientos de Cristo es el sello distintivo de la sinceridad cristiana. El alcance de la paz que encarnamos –esa paz insigne «que el mundo no puede dar»– da testimonio de la presencia constante de Jesús en nosotros. Debemos insistir en esto ahora, cuando el Evangelio es desplegado a veces como un arma en las guerras culturales.

Las instrumentalizaciones del lenguaje y de los signos cristianos deben ser desafiadas, no solo con una pálida indignación, sino enseñando los términos del auténtico combate espiritual. Porque la paz cristiana no es una promesa de comodidad; es la condición para una sociedad transformada.

Es el momento oportuno para articular la radicalidad de la «paz» cristiana, mientras nos recordamos a nosotros mismos y a los demás, la verdad en las palabras de San

Juan Clímaco: «No hay mayor obstáculo para la presencia del Espíritu en nosotros que la ira».

La Iglesia infunde paz en nuestro programa cuaresmal. No resta nada a su llamada a combatir los vicios y las pasiones nocivas: su lenguaje es «Sí, sí», «No, no», y no «a veces esto», «a veces aquello».

Ella nos ofrece, en cambio, al comenzar la batalla de cada Cuaresma, una melodía pacífica como banda sonora para este tiempo litúrgico: un Tracto de gran belleza que, durante más de mil años, la Iglesia ha cantado en el Primer Domingo de Cuaresma para introducir el relato de la tentación de Cristo en el desierto.

El Tracto establece el texto del Salmo 90, el Qui habitat. Esta obra de exégesis melódica merece nuestra atención. No es solo una reliquia de una estética antigua; porta un mensaje vital.

San Bernardo de Claraval estuvo atento a este mensaje. En la Cuaresma de 1139 predicó un ciclo de diecisiete sermones sobre el Qui habitat, reflexionando sobre lo que significa vivir en gracia mientras luchamos contra el mal, fomentamos el bien, defendemos la verdad y seguimos el camino del éxodo desde la esclavitud hacia la tierra prometida, sin desviarnos ni a derecha ni a izquierda, permaneciendo en paz, conscientes de que bajo lo que a veces nos puede parecer un caminar por la cuerda floja, están «los brazos eternos».

Él nos convoca a un discipulado lúcido y lleno de amor.

Capítulo 2

Bernardo el Idealista

San Bernardo llegó a Cîteaux a los 23 años con una naturaleza apasionada y llena de tensiones. Hombre de grandes ideales, auténtico y genuinamente humilde, fue aprendiendo con el tiempo que el camino propio no es siempre el correcto. Su enseñanza sobre la conversión nace tanto de la Escritura como de sus propias heridas y luchas personales.

i Qué clase de hombre era San Bernardo? ¿De dónde venía? Se alza imponente sobre el movimiento cisterciense del siglo XII: tal era su carisma y su laboriosidad.

Muchos, incluidos algunos que deberían estar mejor informados, suponen que fue él quien puso en marcha la orden. No fue así, por supuesto; aunque es cierto que causó una gran conmoción cuando apareció en 1113, a la edad de 23 años, con un grupo de treinta compañeros.

El monasterio al que se unió, Cîteaux, era un proyecto tanto de innovación como de reforma. Los fundadores, que lo establecieron en 1098, llamaron a su casa novum monasterium. Estaban haciendo algo nuevo, no reaccionando principalmente contra nada, lo cual es una suerte, ya que los proyectos de reacción tarde o temprano terminan encallando.

A primera vista, el proyecto cisterciense era conservador. Sin embargo, sus protagonistas introdujeron novedades. Esta dialéctica resultó fructífera.

La confianza de Bernardo en su propio juicio podía hacerlo flexible en la observancia de procedimientos convencionales que, por lo demás, decía defender. Su

visión de las necesidades de la Iglesia le llevó a veces a adoptar posturas rígidas que implicaban un fiero partidismo; pero no era un hipócrita.

Era un hombre genuinamente humilde, entregado totalmente a Dios, capaz de una tierna bondad, un amigo firme –incluso capaz de hacerse amigo de antiguos enemigos– y un testigo convincente del amor de Dios. Fue, y sigue siendo, fascinante.

Dom James Fox, el emprendedor abad de Getsemaní entre 1948 y 1967, escribió una vez con exasperación sobre su cohermano Thomas Merton: «¡Su mente es tan eléctrica!». Merton alteraba a Fox con sus ideas, intuiciones e insistencias. Sin embargo, Fox sabía que era auténtico. Lo respetaba, disfrutaba de su compañía (cuando no estaban en medio de alguna disputa épica) y acudió a confesarse con Merton durante la mayor parte de su mandato abacial.

Sería insensato comparar a Thomas Merton con Bernardo de Claraval, pero existe una similitud temperamental. Aunque Bernardo nunca conoció la electricidad, la suya era una naturaleza de azogue, que contenía y debía equilibrar tensiones enormes.

La enseñanza de Bernardo sobre la conversión nace de una cultura bíblica sin parangón y de nociones teológicas bien ponderadas. Nace también, y cada vez más con el paso del tiempo, de la lucha personal, a medida que aprende a no dar por sentado que su camino es siempre el camino correcto, instruido por la experiencia, las heridas y las provocaciones a considerar su propia rectitud y maravillarse ante la justicia misericordiosa de Dios.

Bernardo es un compañero bueno y sabio para cualquiera que emprenda un éxodo cuaresmal desde el egoísmo y el orgullo, deseando perseguir la autenticidad con los ojos puestos en el amor de Dios que todo lo ilumina.

Capítulo 3

La ayuda de Dios

La ayuda de Dios no es un servicio de emergencia ocasional, sino una morada permanente en la que vivimos. A través de la figura de Job, Bernardo nos desafía a no relacionarnos con Dios como si fuera una póliza de seguros, sino a atravesar el lamento y la amenaza para alcanzar una fe más profunda y verdadera.

Mary Ward, aquella gran educadora cristiana del siglo XVII, solía decir a sus hermanas: «Haced lo mejor que podáis y Dios os ayudará».

La noción de que Dios puede ayudarnos –y de que lo hará– en nuestras tribulaciones es un axioma de la fe bíblica. Distingue al Dios de Abraham, Isaac y Jacob – el Dios que en Cristo Jesús se hizo compasión encarnada– del Motor Inmóvil de la filosofía.

El Salmo 90 comienza con el verso: «El que habita al amparo del Altísimo» (Qui habitat in adiutorio Altissimi).

La ayuda de Dios, dice Bernardo, puede en verdad llamarse un hábitat –una morada– en tanto que forma una realidad sustentadora dentro de la cual podemos vivir, movernos y existir. La ayuda de Dios no es algo ocasional para nosotros; no es un servicio de emergencias al que llamamos de vez en cuando, cuando una casa se incendia o alguien ha sido atropellado, como marcaríamos el 112.

Pero, ¿qué hay de las ocasiones en que las personas temerosas de Dios claman al cielo pero no obtienen respuesta perceptible, escuchando solo el eco desolado de su propia voz?

El tipo bíblico de tal aflicción es Job, cuyo majestuoso libro puede abordarse como una sinfonía en tres movimientos, que va desde un Lamento visceral, pasando por una exposición de la Amenaza, hasta una experiencia totalmente sorprendente de la Gracia.

Job se niega a aceptar las racionalizaciones de sus amigos. Se niega a postular que Dios simplemente está haciendo cálculos en su vida como si fuera un balance contable. Sin ayuda aparente, está decidido a encontrar a Dios presente en su aflicción, clamando heroicamente: «Si no es Él, ¿quién es entonces?».

Como creyentes, podemos considerar en cierto nivel nuestra religión como una póliza de seguros. Seguros de subsistir dentro de la ayuda de Dios, podemos pensar que estamos fuera de peligro. Un mundo puede parecer derrumbarse si –cuando– el daño golpea. ¿Cómo afronto las pruebas que hacen caer mi vallado protector, cuidadosamente montado a medida? ¿Es mi relación con Dios un trueque, que me dispone a seguir, cuando las cosas se ponen difíciles, el consejo de la obstinada esposa de Job de «maldecir a Dios y morir»? ¿O vivo a mayor profundidad?

Dios puede hacer que emerja un mundo nuevo después de haber derribado los muros que creíamos que eran el mundo, muros dentro de los cuales en realidad nos asfixiábamos.

Vivir dentro de la ayuda de Dios, como San Bernardo quisiera que hiciéramos, no es comerciar con seguridades. Es atravesar el Lamento y la Amenaza para vivir, lleno de gracia, en un nivel más profundo. Y así, permitir que otros lo encuentren.

Capítulo 4

Llegar a ser Libre

Bernardo ofrece una comprensión radicalmente cristiana de la libertad: no la de imponer la propia voluntad, sino la del Hijo que dice "sí" al Padre. La verdadera libertad no consiste en tomar el mundo por la fuerza, sino en amarlo con un amor crucificado, desechando las trampas de la vanagloria y el engaño en las que tan fácilmente caemos.

El concepto de «libertad» se ha vuelto controvertido en el discurso público. La libertad es un bien al que todos aspiramos; nos rebelamos contra cualquier cosa que amenace con limitarla o confinarla. En consecuencia, el vocabulario de la libertad es una herramienta retórica muy eficaz.

Cualquier sugerencia de que la libertad de un grupo particular está en riesgo provoca respuestas inmediatas de indignación en internet. Puede incluso movilizar a la gente a salir a la plaza.

Diversas causas políticas en Europa se apropian hoy de la jerga de la libertad. El resultado son tensiones. Lo que un segmento de la sociedad percibe como «liberador» es considerado opresivo por otros. Se alzan frentes opuestos, con la bandera de la «libertad» en alto por todos los bandos. Surgen conflictos amargos de agendas incompatibles de supuesta liberación.

Este estado de cosas plantea un desafío para los cristianos. Es esencial matizar qué queremos decir cuando, en el contexto de la fe, hablamos de llegar a ser libres. Eso es lo que hace San Bernardo cuando comenta el versículo: «Él me libró de la red del cazador y de la palabra amarga».

Para Bernardo es evidente que la verdadera libertad no es «natural» para el hombre caído. Lo que nos parece natural es hacer las cosas a nuestra manera, satisfacer nuestros deseos y realizar nuestros planes sin interferencias, hacer ostentación y vanagloriarnos de nuestras propias luces brillantes. Bernardo, dirigiéndose al hombre en este estado de engaño, es exquisitamente sarcástico: «¿Por quién te tomas, sabelotodo?! Te has convertido en una bestia para la que se han tendido los lazos del cazador».

El hecho de que seamos tan fáciles de hacer tropezar, de que sigamos cayendo en las mismas viejas trampas – aunque sepamos tan bien dónde se encuentran – es para él prueba suficiente de que no somos libres, incapaces por nosotros mismos de progresar con constancia hacia la verdadera meta de nuestra vida, entregados en cambio a todo tipo de obstrucciones y distracciones.

Arraigando su comprensión de la libertad en el ¡Sí! del Hijo a la voluntad del Padre, Bernardo obra una revolución en nuestra captación de lo que significa ser libre. La libertad cristiana no trata de tomar el mundo por la fuerza; trata de amar al mundo con un amor crucificado, lo suficientemente magnánimo como para hacernos desear libremente, unidos a Cristo, dar nuestra vida por él, para que pueda ser liberado.

Se requiere cautela cuando la libertad, tomada como rehén por la fuerza, es manipulada como medio para legitimar los actos de sujetos impersonales como «el Partido», «la Economía» o incluso «la Historia». En el pensamiento cristiano, ninguna política opresiva puede ser redimida invocando una «libertad» ideológica. La única libertad significativa es la personal; y la libertad de una persona no puede anular la de otra.

Suscribir una idea cristiana de la libertad es consentir al sufrimiento. Cuando Cristo nos dice: «No resistáis al mal»,

no nos pide que toleremos la injusticia. Nos permite ver que, a veces, la causa de la justicia se sirve mejor sufriendo por ella, negándose a responder a la fuerza con la fuerza.

Nuestro emblema de libertad sigue siendo el Hijo de Dios, que «se despojó a sí mismo».

Capítulo 5

El esplendor de la Verdad

El Obispo Varden explora el concepto de perfección cristiana, tal como Cristo lo insta en el Sermón de la Montaña: "Sed perfectos, como vuestro Padre celestial es perfecto". Esta perfección no se trata de estar libre de fallas, sino de volverse "apto para el propósito": transformado en amor para ver a los demás como Dios los ve.

Bernardo nos mantiene alerta. Afirma: «Os advierto: nadie vive en la tierra sin tentación; si alguien se ve aliviado de una, que espere con seguridad otra». Debemos cultivar el justo equilibrio entre la confianza en la ayuda de Dios y la desconfianza hacia nuestra fragilidad, temiendo las tentaciones mientras aceptamos su inevitabilidad, recordando que Dios nos somete a ellas porque son útiles. ¿Útiles en qué sentido?

Al resistir las flechas lanzadas por el Padre de la Mentira, nuestro compromiso con la verdad se fortalecerá. Habiéndonos apartado de la falsedad que debilita, estaremos en forma para fortalecer a nuestros hermanos.

La ambición representa una forma particular de capitulación ante la falsedad. La ambición es una forma no muy sutilmente sublimada de codicia. Al describirla, Bernardo, siempre elocuente, se supera a sí mismo. La ambición, dice, es «un mal sutil, un virus secreto, una peste oculta, un artífice del engaño; es madre de la hipocresía, progenitora de la envidia, origen de los vicios; es leña para los crímenes, causa de que las virtudes se oxiden, de que la santidad se pudra, de que los corazones se cieguen. Transforma los remedios en enfermedades. De la medicina extrae languidez».

La ambición brota de una «enajenación de la mente». Es una locura que se produce cuando se olvida la verdad. El hecho de que la ambición sea una forma de demencia la hace ridícula en cualquier manifestación, pero especialmente cuando se da en personas consagradas a un estado de servicio desinteresado. No en vano la figura del clérigo ambicioso ronda la literatura y el cine como un tropo cómico, aunque no muy divertido: desde los párrocos serviles de Jane Austen hasta el ácido sacerdote cortesano de la notable película *Ridicule*, de Patrice Leconte.

«¿Qué es la verdad?». La gente de nuestro tiempo se hace esta pregunta con seriedad, a menudo con notable buena voluntad, a pesar de su confusión, su miedo y la prisa en la que siempre están. No podemos dejarla sin respuesta. No tenemos energía que desperdiciar en las necias tentaciones del miedo, la vanagloria y la ambición. Necesitamos nuestros mejores recursos para sostener la verdad sustancial, esencial y liberadora frente a sustitutos más o menos brillantemente plausibles, más o menos diabólicos.

En nuestra situación, rica en oportunidades, es imperativo ver y articular el mundo a la luz de Cristo. Cristo, que es la verdad, no solo nos protege; nos renueva, impaciente por revelarse a través de nosotros a una creación cada vez más consciente de estar sujeta a la futilidad.

Es tentador pensar que debemos estar al día con las modas del mundo. Es, diría yo, un procedimiento dudoso. La Iglesia, un cuerpo de movimiento lento, siempre correrá el riesgo de parecer y sonar como algo de la temporada pasada. Pero si ella habla bien su propia lengua –la de las Escrituras y la liturgia, la de sus padres y madres, poetas y santos del pasado y del presente– será original y fresca, lista para expresar verdades antiguas de formas nuevas,

teniendo la oportunidad, como ya ha hecho antes, de orientar la cultura.

Esta obra tiene una importante dimensión intelectual. También tiene una dimensión existencial. Como dijo el Cardenal Schuster en su lecho de muerte: «Parece que la gente ya no se deja convencer por nuestra predicación, pero ante la presencia de la santidad, todavía creen, todavía se arrodillan y rezan».

¿No fue acaso la llamada universal a la santidad –la llamada, es decir, a encarnar la verdad– la nota más fuerte que tocó el Concilio Vaticano II? Resonó espléndidamente como un gong a lo largo de sus deliberaciones. La pretensión cristiana de la verdad se vuelve convincente cuando su esplendor se hace personalmente evidente con amor sacrificial en la santidad, purificada de las tentaciones de contemporizar.

Capítulo 7

La caída de mil

Las caídas más destructivas no vienen solo de fuera, sino de dentro de la propia Iglesia. Bernardo advierte que los ataques espirituales son más feroces allí donde se persiguen nobles ideales. La integridad no puede limitarse a las palabras; debe manifestarse en toda la existencia, guardándonos con igual cuidado tanto en nuestra naturaleza carnal como espiritual.

Las caídas pueden humillarnos cuando estamos hinchados de orgullo, mostrando el poder de Dios para salvar. Pueden convertirse en hitos de un camino personal de salvación, para ser recordadas con gratitud.

Sin embargo, no podemos permitirnos ser ingenuos. No toda caída termina en alborozo. Hay caídas que huelen a infierno, trayendo destrucción al culpable y arrastrando tras de sí una estela de ruina. Esa estela es a menudo ancha y larga, y arrastra a muchos inocentes. Necesitaremos fortaleza para acercarnos, con Bernardo, al versículo del Salmo 90 que comienza: «Caerán a tu lado mil, y diez mil a tu diestra».

Nada ha hecho un daño más trágico a la Iglesia, ni ha comprometido más nuestro testimonio, que la corrupción surgida dentro de nuestra propia casa. La peor crisis de la Iglesia no ha sido provocada por la oposición secular, sino por la corrupción eclesiástica. Las heridas infligidas tardarán tiempo en sanar. Claman justicia y lágrimas.

Es tentador, cara a cara con la corrupción, especialmente cuando afrontamos abusos, buscar una raíz enferma. Esperamos encontrar señales de alerta temprana que fueron ignoradas: algún fallo en el discernimiento, un

patrón original de desviación. A veces estos rastros existen y tenemos razón al culparnos por no haberlos detectado a tiempo. Sin embargo, no siempre los encontramos.

Podemos reconocer el bien grande y gozoso que a menudo se manifiesta en los inicios de comunidades ahora vinculadas al escándalo. No podemos presuponer que hubo hipocresía estructural desde el principio, que los fundadores comenzaron siendo sepulcros blanqueados. A veces encontramos signos de inspiración, incluso huellas de santidad. ¿Cómo podemos explicar simultáneamente esto y los desarrollos deformados?

Una mentalidad secular simplificará: cuando se encuentra con la calamidad, designa monstruos y víctimas. Afortunadamente, la Iglesia posee, cuando recuerda usarlas, herramientas más delicadas y eficaces.

Bernardo nos recuerda que donde la gente persigue nobles empeños, los ataques enemigos serán feroces. Señala que «los hombres espirituales de la Iglesia son atacados mucho más terriblemente que los carnales». Él piensa que esto es lo que el Salmo Qui habitat pretende con su lenguaje de «izquierda» y «derecha»: la izquierda representa nuestra naturaleza carnal; la derecha, la espiritual. Las bajas son más numerosas a la derecha porque es allí donde, en el campo de batalla espiritual, se usan las armas más letales.

Aunque tomaba en serio el reino demoníaco, esto no quiere decir que atribuya toda enfermedad espiritual a villanos con cuernos y horcas. Él considera a los hombres y mujeres responsables de la forma en que usan su libertad soberana. Su punto es que la naturaleza humana es una. Si comenzamos a profundizar en nuestra naturaleza espiritual, otras profundidades quedan forzosamente al descubierto. Afrontaremos hambre existencial, vulnerabilidad, un anhelo de consuelo. Tales experiencias pueden surgir a modo de asalto.

El progreso en la vida espiritual requiere una configuración de nuestro yo físico y afectivo en sintonía con la maduración contemplativa; de lo contrario, existe el peligro de que la exposición espiritual busque desahogos físicos o afectivos; y que tales instancias de desahogo sean racionalizadas como si fueran, de algún modo, «espirituales» en sí mismas, más elevadas que las faltas de los mortales comunes. La integridad de un maestro espiritual será atestiguada por su conversación, pero no solo por ella; se evidenciará tanto en sus hábitos en internet, su comportamiento en la mesa o en el bar, y su libertad frente a la adulación de los demás.

La vida espiritual no es un añadido al resto de la existencia. Es su alma. Debemos guardarnos de todo dualismo, recordando siempre que el Verbo se hizo carne para que nuestra carne pudiera ser impregnada del Logos. Debemos vigilar tanto a la izquierda como a la derecha, teniendo cuidado –Bernardo insiste en este punto– de no confundir la izquierda con la derecha ni la derecha con la izquierda. Debemos aprender a desenvolvernos con igual soltura en nuestra naturaleza carnal y espiritual, para que Cristo nuestro Maestro pueda reinar pacíficamente en ambas.

Capítulo 7

Yo lo Glorificaré

Incluso en el abandono del Calvario, Juan reconoce la gloria de Cristo. Bernardo nos recuerda que esa "gloria oculta" es perceptible ya en esta vida: en los santos, en los sacramentos y en la gracia que actúa en nosotros. La imagen de Dios nunca se pierde del todo en el ser humano; puede quedar sepultada, pero siempre puede ser rescatada y hecha resplandeciente.

Cuando Jesús explicó con detalle lo que significaba permanecer con él, entrar en el Reino hacia el cual apuntaba, «muchos de sus discípulos se echaron atrás y ya no andaban con él». No estaban dispuestos a tolerar sus discursos sobre el realismo sacramental, la indisolubilidad del matrimonio y la necesidad de la Cruz. Cuando Cristo fue crucificado en el Calvario, el sínodo que había caminado con él seis días antes ya no existía. Solo quedaban dos seguidores: su Madre y Juan, el Discípulo Amado.

Juan ofrece un relato descarnado de la kénosis de Jesús. Se desarrolla en dos niveles: el del amor divino y compasivo, triturado en el lagar de la Cruz; y el de la traición de las lealtades humanas. Sin embargo, Juan insiste en que esta escena de desamparo manifiesta la gloria de Cristo.

La «glorificación», dice Bernardo, «sucede ante la presencia del rostro de Dios» cuando, terminado nuestro viaje terrenal, contemplemos por fin aquello que en esta vida hemos esperado firmemente, poniendo nuestra confianza en el nombre de Jesús: *Spes in nomine, res in facie est*. No hay forma de traducir esta concisa fórmula si no es mediante un circunloquio ampuloso: «Nuestra

esperanza está en el nombre del Señor; la realidad esperada será revelada cara a cara».

Sin embargo, una «gloria oculta» es perceptible incluso ahora. A Agustín le gustaba decir que llevamos la imagen de la gloria en una «forma oscura». Una vez que hayamos atravesado esta vida, la forma se revelará explícita y «luminosa». Será apta para presentarse ante Dios. Cualquier deformidad infligida por una libertad mal empleada será entonces reformada, de modo que la forma aparecerá en su belleza original: como *forma formosa*.

Agustín, a la vez tan profundamente humano y tan mordazmente lúcido, subraya que la gloria de la imagen nunca puede perderse; está impresa en nuestro ser. Puede, no obstante, quedar sepultada bajo capas acumuladas de oscuridad, que deben ser removidas.

La Iglesia recuerda a hombres y mujeres la gloria que vive secretamente en ellos. Ella nos muestra que la mediocridad y la desesperación actuales –no siendo la menor mi propia desesperación ante mis persistentes fracasos– no tienen por qué ser definitivas; que el plan de Dios para nosotros es infinitamente hermoso; y que Dios, a través del Cuerpo Místico de Cristo, nos dará gracia y fuerza, si tan solo la pedimos.

La Iglesia manifiesta el resplandor de la «gloria oculta» en sus santos. Ellos se alzan como pruebas de que incluso la enfermedad y la degradación pueden ser medios que la Providencia utiliza para realizar un propósito glorioso, confiriendo fuerza a los débiles y haciéndolos radiantes.

La Iglesia canaliza la «gloria oculta» en sus sacramentos. Cualquier católico sabe qué luz puede irrumpir en el confesionario, en una unción, en una ordenación o en una boda. La más espléndida, y en cierto modo la más velada, es la gloria de la Santa Eucaristía. ¿Qué sacerdote, después de ofrecer la Misa, no ha sentido lo que una gran música dijo una vez sobre un instrumento en una luminosa

comunicación de belleza, sanación y verdad: «la muerte no sería realmente una tragedia: [pues] lo mejor de lo que está en el centro de la vida humana ha sido visto y vivido», con el corazón abrasado por un asombro glorioso?

Capítulo 8

Los Ángeles de Dios

Los ángeles no existen para complacernos, sino para custodiarlos en la santidad. Bernardo los presenta como mediadores de la providencia de Dios, modelo de quien desciende hacia el prójimo y asciende hacia la verdad eterna. Newman prolonga esta visión al proponer el ministerio sacerdotal y educativo como un servicio angélico: personal, iluminador e insustituible por ninguna tecnología.

Durante la estancia de cuarenta días de Cristo en el desierto, Satanás se le acercó citando el Salmo 90, concretamente dos versículos sobre los ángeles. «El diablo», leemos en san Mateo, «lo llevó a la ciudad santa, lo puso en el pináculo del templo» y lo desafió a demostrar que era el Hijo de Dios arrojándose abajo, «porque está escrito: "A sus ángeles te encomendará", y "En sus manos te llevarán, para que no tropiece tu pie en piedra alguna"». Solo Dios puede invitarnos a saltar desde un pináculo. Su llamada, sin embargo, será: «Salta a mis brazos», no «Arrójate abajo».

Las intervenciones angélicas no siempre son tranquilizadoras. Los ángeles no están ahí para complacernos en nuestros caprichos. En una oración popular que se remonta al contemporáneo de Bernardo, Reginaldo de Canterbury, pedimos a nuestro ángel de la guarda que nos «ilumine, guarde, rija y gobierne». Son verbos de gran peso. Un ángel es, ante todo, un custodio de la santidad.

La vida monástica fue pronto comprendida y presentada como angélica debido a su finalidad de alabanza; pero también en la medida en que el monje está llamado a

arder con el amor de Dios y a ser un emisario que lleva ese amor a los demás.

El único «cántico de alabanza» de Cristo, del que habla la constitución *Sacrosanctum Concilium* en un hermoso párrafo, resuena desde los confines de la tierra hasta las alturas del cielo a través de una palpitante cadena de mediación. Los ángeles son parte esencial de esa cadena, como afirmamos en la sección final de cada prefacio dentro del canon de la Misa.

En sus sermones sobre el *Qui habitat*, Bernardo subraya el papel de los ángeles como mediadores de la providencia de Dios. La mediación no siempre es necesaria: Dios puede tocarnos de forma inmediata, pero se complace en dejar que sus criaturas sean canales de gracia las unas para las otras.

Él nos exhorta a mirar lo que hace un ángel y a hacer lo mismo: «Desciende y muestra misericordia a tu prójimo; y luego, en un segundo movimiento, dejando que el mismo ángel eleve tus anhelos, utiliza toda la cupiditas de tu alma para ascender hacia la suma y eterna verdad». Rara vez en nuestros días se menciona a Cupido en el mismo aliento que la «suma y eterna verdad». La elección léxica de Bernardo es provocadora y reveladora. Nos dice que todos los anhelos humanos naturales, incluidos los carnales, son atraídos hacia su plenitud en Dios, y por tanto deben ser guiados hacia ella.

El último y más decisivo acto de caridad de los ángeles ocurrirá cuando, en la hora de nuestra muerte, nos lleven a través del velo de este mundo hacia la eternidad. Manifestarán entonces sus características: «No pueden ser vencidos ni seducidos, y mucho menos pueden seducir». Todo fingimiento caerá en esa hora. La retórica fracasará. Solo la verdad permanecerá y resonará, en plena consonancia con la misericordia.

Bernardo predicó con cautela sobre estas cosas en 1139. Setecientos veintiséis años después, un hombre de temperamento muy distinto pero de inteligencia afín haría explícitas sus intuiciones en un exquisito poema sobre la muerte.

John Henry Newman reflexionó mucho sobre los ángeles. Concebía el ministerio sacerdotal como angélico. El sacerdote se siente en casa en este mundo, sin miedo a adentrarse en bosques oscuros en busca de los perdidos. Al mismo tiempo, mantiene los ojos de su mente elevados hacia el rostro del Padre, dejando que su resplandor ilumine toda la realidad presente. La iluminación es siempre un proceso doble: intelectual y esencial, sacramental y pedagógico.

Newman, ahora Doctor de la Iglesia, nos invita a redescubrir también al maestro como un iluminador angélico. Es un desafío profético, teniendo en cuenta cuánto de lo que llamamos «educación» se delega hoy en medios digitales y artificiales, mientras los jóvenes, los adolescentes y los niños anhelan conocer maestros dignos de confianza, que puedan impartir no solo habilidades, sino sabiduría.

Un encuentro angélico es siempre personal. No puede ser sustituido por una descarga ni por un chatbot.

Capítulo 9

San Bernardo el realista

Con el tiempo, el idealismo de Bernardo se transformó en un realismo hondo: la realidad más profunda de todo asunto humano es un grito que implora misericordia. En el nombre de Jesús encontró la respuesta gloriosa de Dios a ese clamor. Solo cuando seamos iluminados sobrenaturalmente revelará nuestra naturaleza su forma perfecta, y este horizonte orientó toda su vida y su doctrina.

La identidad del movimiento cisterciense se forja en la interfaz entre lo ideal y lo concreto, lo poético y lo pragmático. Sus protagonistas son puestos a prueba y purificados por las tensiones resultantes.

He hablado de los altos ideales de Bernardo, de su inclinación a elaborar una línea de conducta en su mente para luego seguirla de forma un tanto implacable. Para él era natural apuntar a lo más alto y adoptar una postura altiva. Este aspecto fiero e intransigente nunca le abandonó. Pero se dulcificó con el tiempo. De este proceso debemos hablar ahora. Fue lo que convirtió al idealista en un realista.

El psicoanalista Jacques Lacan dijo que «lo real» es aquello contra lo que chocamos. La amplitud de los esfuerzos de Bernardo en la Realpolitik hizo que chocara a menudo. Pero se convirtió en un realista no solo en el sentido de aceptar las cosas tal como son. Aprendió, sobre todo, que la realidad más profunda de todos los asuntos humanos es un grito que implora misericordia.

Cuanto más reconocía este grito en los corazones angustiados, en las lágrimas amargas, en los conflictos mundanos, en las insensatas campañas contra la decencia

y la verdad —e incluso en el susurro de los árboles del bosque—, más consciente era de la respuesta gloriosa y misericordiosa de Dios. La escuchó en el santo nombre de Jesús, que se le hizo indeciblemente querido. En Jesús, Dios revela su propósito salvífico, derramándolo sobre la humanidad como aceite fragante, curativo y purificador.

«Todo alimento del alma», decía Bernardo a sus monjes, «es árido si no está empapado en ese aceite; es insípido si no está sazonado con esa sal. Si escribes, para mí no tiene sabor si no leo en ello a Jesús. Si discutes o conversas, para mí no tiene sabor si no resuena en ello Jesús. Jesús es miel en la boca, melodía en el oído, júbilo en el corazón».

Bernardo conocía las maravillas que la misericordia de Dios en Jesús puede obrar. Esto dio a su devoción una profundidad afectiva. El término *affectus* es central para él. Tiene un amplio espectro, mostrando que la gracia nos mueve como seres encarnados, permitiendo que nuestros sentidos perciban a Dios. Pero Bernardo consideraba a Jesús, la encarnación de la verdad, nada menos que un principio hermenéutico. Leía las situaciones, las personas y las relaciones resueltamente a la luz de Jesús. Esta perspectiva le ha granjeado firmes admiradores mucho más allá del redil católico, desde Martín Lutero hasta el fundador del movimiento metodista, John Wesley.

Solo cuando sea iluminada de forma sobrenatural revelará nuestra naturaleza su forma perfecta, su *forma formosa*. Solo entonces será evidente la delicia de la que es capaz la vida terrenal. Solo entonces la gloria escondida dentro y alrededor de nosotros brillará con destellos sustanciales, enseñándonos en qué podemos convertirnos nosotros y los demás, proporcionando un paradigma para un mundo renovado.

Tal es el realismo hacia el cual maduró Bernardo. Le permitió convertirse no solo en un reformador de altos vuelos, un orador sin parangón y un líder de la Iglesia. El

conocimiento de la realidad absoluta del amor de Cristo, y de su poder para cambiarlo todo, hizo de Bernardo un doctor y un santo. Y por eso le amamos y le honramos.

«Estaba», nos dice la Vita Prima, «en libertad consigo mismo». Eso es lo que la vida le había enseñado. Un hombre o una mujer verdaderamente libres es una realidad verdaderamente gloriosa de contemplar.

Capítulo 10

Sobre la Consideración

El tratado de Bernardo al Papa Eugenio III sigue siendo de una actualidad asombrosa: quien gobierna la Iglesia necesita rodearse de personas íntegras, orantes y pacíficas, y debe buscar primero lo que está arriba para iluminar desde ahí lo concreto. La carga pastoral no es un fardo aplastante si se asume como participación en el suave yugo de Cristo: amada, se vuelve ligera.

San Bernardo escribió un tratado sobre La Consideración (De Consideratione). Gozó de la más amplia difusión de todas sus obras. Esto puede parecer extraño, pues el texto es, en esencia, una carta dirigida a una persona concreta en una situación singular. Bernardo lo escribió para un cohermano suyo, un monje italiano llamado Bernardo dei Paganelli que, siendo ya sacerdote de la iglesia de Pisa, había entrado en Claraval en 1138.

En 1145, Paganelli se convirtió en el Papa Eugenio III. Mientras que la contemplación se ocupa de verdades ya conocidas, la consideración, en el vocabulario de Bernardo, busca la verdad en los asuntos humanos contingentes, donde puede ser difícil de percibir. Puede definirse como «el pensamiento en intensa búsqueda de la verdad, o la tensión del ánimo para descubrirla».

Al considerar los problemas de la Iglesia, Bernardo no ofrece remedios institucionales. Más bien aconseja a Eugenio que se rodee de personas buenas. Cuanto mejor se administren las oficinas centrales de la Iglesia, mayor será el beneficio para la Iglesia en todo el mundo.

Las cualidades que Bernardo le pide que busque y cultive son inmortales. Necesita colaboradores «de

probada integridad, dispuestos a la obediencia, pacientes y mansos; [...] de fe católica segura, fieles en el ministerio; amantes de la concordia, de la paz y de la unidad; [...] prudentes en el consejo, [...] sagaces en la administración [...], modestos en el hablar».

Tales personas «aman y se dedican habitualmente a la oración, y en toda empresa ponen más confianza en ella que en su propia sagacidad o trabajo. Su llegada es sin estrépito, su despedida sin pompa».

En la medida en que la Iglesia opere en estos términos, reflejará la organización de las jerarquías angélicas. Quien la considere entonces, verá su misión principal: la de dar gloria a Dios.

Para considerar correctamente las necesidades terrenales, debemos buscar, a través de ellas, lo que está arriba. Esto no es, le dice Bernardo a Eugenio, una especie de «ir al exilio: considerar de este modo es regresar a la patria».

Bernardo se pregunta: ¿Qué es Dios? Voluntad omnipotente, virtud benevolente, razón inmutable. Dios es «suma beatitud» que, por amor, desea compartir su divinidad con nosotros. Nos ha creado para desearle. Nos ensancha para recibirle, nos justifica para merecerle. Nos guía en la justicia, nos plasma en la benevolencia, nos ilumina con el conocimiento, nos preserva para la inmortalidad.

Sean cuales sean las demás cosas de las que deban ocuparse los prelados –y son muchas–, deben considerar estas realidades primero. De ese modo, también su consideración de las cuestiones prácticas será iluminada, ordenada, bendecida y fecunda.

Un prelado, según Bernardo, debe ser un hombre de principios, santo y austero. Pero también debe ser amigo del Esposo, deleitándose en compartir esa amistad con los demás.

A Agustín le gustaba describir el oficio episcopal como una sarcina, el fardo del legionario. Es una imagen cruda, concebida por alguien que conocía la desolación y el miedo de las campañas en el desierto norteafricano. Sin embargo, continúa improvisando sobre el tema que él mismo ha establecido. Aunque la carga pastoral tiene un aspecto temible, solo lo es si no nos damos cuenta de quién pone el fardo sobre nuestros hombros. Pues no es otra cosa que una participación en el dulce yugo de Cristo, que nos permite descubrir que el travesaño de la cruz que se nos confía es luminoso y ligero, y que compartirlo es motivo de gozo.

Agustín escribió una vez: «Perduc sarcinam tuam quia levis est si diligis gravis si odisti», es decir: «Lleva tu carga hasta el final. Si la amas, será ligera; si la odias, será pesada».

«Tuyo, oh buen Jesús», escribió Bernardo en su Vida de San Malaquías, el irlandés, «es el depósito que se nos ha confiado; tuyo es el tesoro escondido en nuestra posesión, que ha de ser devuelto en el momento que tú dispongas reclamarlo».

Capítulo 11

Comunicar Esperanza

La esperanza cristiana no es optimismo ingenuo, sino la certeza de que Cristo crucificado y resucitado es el futuro del género humano. En un tiempo marcado por el dolor sordo de los jóvenes y la desorientación cultural, la Iglesia está llamada a proclamar, sin complejos ni compromisos, que ninguna herida es definitiva y que la gloria se esconde ya en la tribulación presente.

El 11 de octubre de 1962, el Papa San Juan XXIII inauguró solemnemente el Concilio Vaticano II. «La preocupación mayor del Concilio», dijo, «será que el sagrado depósito de la doctrina cristiana sea custodiado y enseñado de forma más eficaz. Esta doctrina abraza al hombre entero, compuesto de cuerpo y alma. Y a nosotros, peregrinos en esta tierra, nos manda tender hacia la patria celestial».

Menos de una semana después del discurso del Papa, estalló la crisis de los misiles en Cuba. El hombre parecía dispuesto a volar por los aires su morada terrenal, sin pensar en ningún horizonte escatológico. Con las heridas de la Segunda Guerra Mundial aún abiertas, nuestra raza estaba generando nuevas y espantosas perspectivas de autodestrucción.

Un clima de precariedad rodeaba al Concilio; al mismo tiempo, esta época estaba cargada de fervientes esperanzas en una nueva sociedad fundada en los derechos humanos, el comercio justo y los avances técnicos. El Concilio deseaba responder a las «ansiosas preguntas sobre la evolución actual del mundo, sobre el puesto y el cometido del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos [...], y sobre el destino último de

las cosas y de la humanidad». No solo abordó estas cuestiones, sino que señaló su resolución, anunciando que Cristo, crucificado y resucitado, encarna el futuro del género humano. El Concilio encomendó a la Iglesia la tarea de anunciar a Cristo de tal modo que aparezca de forma clara y convincente como la respuesta a los problemas más urgentes del tiempo presente, sin comprometer ni un instante el sagrado depósito de la doctrina.

Podemos preguntarnos si, en los sesenta años transcurridos desde la clausura del Concilio, se ha mantenido siempre y en todas partes la confianza en el poder y la eficacia de este depósito. Toda generación cristiana está obligada a examinarse a la luz del contraste que san Pablo traza a los Efesios entre la medida de la estatura de la plenitud de Cristo –manifiesta en la unidad de la fe y del conocimiento, en la madurez del hombre perfecto– y un estado infantil en el que somos sacudidos por las olas y llevados a la deriva por todo viento de doctrina, arrastrados unas veces por la astucia, otras por el engaño, y otras por un optimismo fácil.

Cristo nos llama a comunicar esperanza al mundo. Tener esperanza cristiana no significa necesariamente ser optimista. Un cristiano renuncia al pensamiento ilusorio, optando decididamente por lo real. Los demagogos prometen que las cosas mejorarán. Reivindican un poder demiúrgico para cambiar las comunidades en el espacio de un mandato electoral, distrayendo a las masas de las decepciones sufridas con dádivas de pan, entradas para el circo y difamaciones de los adversarios. Qué diferentes son las palabras de Cristo. Él nos dice: «A los pobres los tendréis siempre con vosotros». Afirma que se levantará nación contra nación. Vendrán persecuciones. Los enemigos del hombre serán los de su propia casa. No hay ninguna coja resignación en estas afirmaciones. El Señor nos obliga a nosotros, sus discípulos, a trabajar sin tregua

por una humanidad nueva y sana, formada por la caridad, en la justicia. Nos dice que «curemos enfermos, resucitemos muertos, limpiemos leprosos, echemos demonios». Debemos poner en práctica las bienaventuranzas, haciendo que brille la gloria que se esconde en ellas. Pero mientras nos afanamos en esto, se nos recuerda: «Sin mí no podéis hacer nada».

Cristo es la luz de las naciones, Lumen Gentium. Solo Él, haciendo la voluntad del Padre y actuando en el Espíritu, puede renovar la faz de la tierra. En Él ponemos nuestra confianza, no en estratagemas pasajeras.

Él puede actuar a través de nosotros si consentimos en ser pacientes. La Cuaresma nos muestra que Dios, sufriendo la herida de su filantropía, alcanza el culmen de su acción en su Pasión. La esperanza que nos confía no es la esperanza en un valle de lágrimas finalmente modernizado, digitalizado y esterilizado. Nuestra esperanza está en un cielo nuevo, una tierra nueva, en la resurrección de los muertos.

El tiempo en que vivimos tiene hambre de escuchar proclamar esta esperanza. Hemos considerado algunos signos que nos rodean: un nuevo despertar religioso entre los jóvenes; el retorno de la categoría de verdad al discurso público; la búsqueda de raíces. Las instituciones y alianzas mundiales se desmoronan. Estamos expuestos a peligros estratégicos, ecológicos e ideológicos. Es natural que las personas sensatas y de buena voluntad se pregunten qué, en medio de tanta incertidumbre, tiene posibilidades de perdurar. Cansados de construir sus vidas sobre arena, buscan roca firme. Mientras tanto, su corazón está inquieto. Los Padres del Concilio Vaticano II afirmaron, en *Gaudium et spes*, que las mejores aspiraciones y los temores más oscuros del tiempo presente deben encontrar eco en el corazón de los cristianos. Pues a un cristiano nada de lo «genuinamente humano» le resulta

ajeno. Permitidme compartir uno de esos ecos que resuena en mí.

Hace un año, el 8 de febrero de 2025, la cantante estadounidense Gracie Abrams dio un concierto en Madrid. Es una joven que lo tiene todo a su favor. Es hermosa, próspera y tiene éxito. En Madrid llevaba un vestido de seda blanca. Podría haber sido un vestido de novia, una prenda de alegría, de no ser por unas largas cintas negras en los hombros, presagios de un dolor que, cuando empezó a cantar, constituyó el núcleo de su mensaje.

En sus letras hay una tristeza penetrante que roza, y quizá toca, la desesperación. Abrams nació en 1999. Su canción Camden empieza con el verso: «Nunca lo dije, pero sé que no puedo imaginar nada más allá de los 25». La canción evoca la necesidad de ocultar el dolor, de «enterrar el equipaje hasta perderlo de vista» mientras exteriormente se sigue la corriente, fingiendo que todo está bien, esperando que alguien «note cuánto lo intento». Un estribillo que se repite como un mantra dice: «Toda yo, una herida que cerrar, pero lo dejo todo abierto».

La interpretación de Abrams de Camden en Madrid fue grabada y subida a YouTube por una fan que escribió: «Locura. Sin palabras. He llorado. He muerto. Estoy muerta». Miles de personas asistieron a ese concierto. Cantaron con ella, todos a una, conociendo de memoria la tortuosa letra, haciéndola suya. El Weltschmerz adolescente no es nada nuevo. Cada generación encuentra su forma de exteriorizarlo. Sin embargo, hay una cualidad singular en el lamento de nuestro tiempo. No podemos descartarlo como la fetichización de la desolación. Al escuchar y ver cantar a Gracie Abrams, uno no duda de la profundidad de la experiencia de la que brota su clamor. Resulta sobrecogedor escucharlo coreado, cadencia tras melancólica cadencia, por una multitud de jóvenes que llenaba el recinto: «Solo quería

que supieras que nunca se me dio bien salir adelante. [...] De verdad espero sobrevivir a esto». ¿Es «esperanza» un término apropiado en estas circunstancias? De hecho, lo dudo. Lo que destaca en las letras es la desesperanza ante una amenaza omnipresente.

Los seguidores de Gracie Abrams son en su mayoría chicas. Un estereotipo sugiere que los chicos son diferentes, que se sienten atraídos por un sombrío reconocimiento de las penurias de la vida, dispuestos a soportarlas con una fortaleza varonil, salvajemente barbuda. Pero cualquiera que salga y hable con los jóvenes, o pase tiempo en un confesionario, sabe que las diferencias no están tan claras. La conciencia de estar heridos impregna nuestra época como una niebla humeante.

Qué impactante es vivir la Cuaresma en este contexto, fijar la mirada en un cuerpo herido y distendido y afirmar que aquí se encuentra la esperanza. Durante siglos, la Iglesia fue cautelosa a la hora de mostrar las heridas de la Pasión de Cristo. Estaba ocupada en formular con palabras la paradoja que constituye el corazón de la propuesta cristiana: que en Cristo, divinidad y humanidad están ambas íntegramente presentes, que este hombre «nacido de la Virgen María» es asimismo «Dios de Dios, Luz de Luz». Solo cuando el Concilio de Calcedonia hubo afinado el marco conceptual necesario para salvaguardar este equilibrio, el espíritu cristiano fue libre para visualizar, no solo con palabras sino en el arte, gráficamente, la humillación asumida libremente por el Dios hecho hombre. El crucifijo emergió como el emblema cristiano supremo. Pasó a ocupar el centro de la práctica cultural, al menos en Occidente, donde las representaciones de un Dios herido se convirtieron en el punto focal de las iglesias y de otros edificios, formando gradualmente la conciencia pública.

Recordando a los cristianos de Corinto su llegada entre ellos, Pablo escribió: «No fui a anunciaros el misterio de Dios con sublime elocuencia o sabiduría. Pues nunca entre vosotros me precié de saber cosa alguna, sino a Jesucristo, y este crucificado». La centralidad categórica de la Pasión salvadora de Jesús impregnó la doctrina de este predicador inigualable de la reconciliación, la misericordia, la transformación por la gracia, la alegría y la vida eterna. Se requiere valor para seguir su ejemplo en una cultura que nos tienta a comercializar un Evangelio más feliz, predecible en términos de procesos fijos y resultados establecidos. A nuestro alrededor, las naves de antiguas catedrales, antaño ensombrecidas por la cruz, se ceden para jugar al minigolf. Los santuarios se utilizan para parodias seculares diseñadas, a la desesperada, para mostrar «relevancia». Mientras tanto, a tiro de piedra, en la arena secular, los jóvenes se balancean desconsolados, cantando suavemente que la vida es una herida abierta y que no hay bálsamo en Galaad.

Dos tendencias contradictorias marcan los esfuerzos contemporáneos por lidiar con las heridas. Por un lado, la gente muestra de buen grado heridas adquiridas, heredadas o imaginadas como marcadores de identidad. Pueden tener buenas razones, motivos basados en exigencias de justicia. Pero, como hemos escuchado explicar a Bernardo, perdemos toda perspectiva motivacional si arraigamos nuestro sentido del yo en el apego a una herida. Corremos el riesgo de hundirnos en la ira, una pasión que desplaza las aspiraciones de curación con afirmaciones de autojustificación. La ira y su reflejo, la amargura, pueden encerrarnos en una desesperación perversamente autocomplaciente.

Por otro lado, existen esfuerzos por maquillar u ocultar las heridas. Oímos insinuar que las heridas no deberían existir y que, si existen, los miembros enfermos deberían ser amputados. En sociedades que se han vuelto

transaccionales, los elementos improductivos o poco atractivos no tienen cabida. Son vistos como anomalías y tratados con dureza. Esta actitud es evidente en las continuas controversias sobre el aborto y la eutanasia, así como en el recurrente discurso sobre la eugenesia. Se observa en los sueños distópicos de liberar a las sociedades de personas indeseables, a las que ciertos políticos confinarían en reservas o empujarían por el borde de un acantilado.

Se puede interpretar este desarrollo de diferentes maneras. Parece difícil negar que el eclipse en la conciencia pública de la figura del Crucificado –el Vulnerado-pero-Invicto– tiene algo que ver con ello. Una civilización que, a cierto nivel, busca su medida en una imagen que afirma la grandeza de la paciencia y del sufrimiento redentor, se transforma. Puede aprender la empatía, un sentimiento que no es espontáneo en la humanidad caída.

La reverencia por las heridas de Cristo definió la sensibilidad cristiana durante siglos. Encontró expresión en la devoción a las reliquias de la Pasión, en el Vía Crucis, en poemas y pinturas, en obras musicales, desde las Lamentaciones renacentistas y las Pasiones de Bach hasta la himnografía del siglo XIX. Se expresó en el culto al Sagrado Corazón que se extendió por todo el mundo tras las furias revolucionarias. En el centro de todo ello estaba el respeto por el tremendo misterio del sufrimiento, constitutivo de la condición humana tal como la conocemos. La Cruz nos permite asumir la realidad a la vez que afirma la no-definitividad de las heridas, que pueden ser curadas y convertirse en fuentes de sanación.

Enraizarnos en este misterio de fe es llevar a cabo una revuelta constructiva contra diversas falacias: contra la falacia política de que la sociedad, y el estado, deben dirigirse según un modelo evolutivo con vistas a la perfectibilidad humana; contra la falacia antropológica de

un estándar normativo de «salud» utilizado para marcar divisiones entre vidas «dignas de ser vividas» y vidas «indignas»; contra la falacia cultural que atribuye a las heridas un poder fatal y determinista; y contra la falacia psicológica que se rinde a la desesperanza, hipnotizada por la voz que nos susurra al oído, en la oscuridad de la noche, respecto a nuestras heridas más íntimas: «Siempre será así».

La Pasión de Cristo nos permite lamentarnos sin ira. Nos abre a la compasión, que es una categoría epistemológica apta para preparar una visión llena de gracia como la de Job: «Te conocía solo de oídas, pero ahora mis ojos te ven». Podemos clamar al Crucificado y Resucitado: «¡Señor mío y Dios mío!». El Evangelio afirma que las heridas de Cristo, tras su resurrección, no fueron eliminadas, sino hechas gloriosas. También las heridas del mundo pueden serlo, cuando el aceite y el vino de Cristo se derraman sobre ellas.

La Cruz es para los creyentes a la vez símbolo y memorial de un acontecimiento. El símbolo de la Pasión de Cristo no es algo que nosotros engendremos. Nos ha sido dado. Él nos interpreta a nosotros, no nosotros a él. Vale la pena insistir en esto mientras nadamos contra la corriente de un capitalismo simbólico empeñado en «producir conocimiento». En este mundo virtual, los «hechos» son artefactos. Las narrativas, las imágenes y los datos se trafican para perpetuar el cambio, fomentando así el consumo. Es difícil comprender algo y cambiarlo al mismo tiempo. Como resultado, la búsqueda de claridad juega un papel menor en el discurso público actual, cuya retórica voluble y símbolos erráticos están más bien diseñados para confundir.

Sin embargo, el ser humano anhela comprender. Se define por su necesidad de preguntar: «¿Por qué?». Necesita el pensamiento claro de la Iglesia y su esperanza centrada en Cristo. Necesita su sentido seguro de

dirección. Necesita sus símbolos, que son realistas, diferentes a los del mundo, centrados en un cuerpo históricamente herido, en la derrota de la muerte, en el destino eterno del «hombre integral, compuesto de alma y cuerpo». La sublime perspectiva de nuestra fe se funda en realidades que sucedieron y que, dentro de la comunión del cuerpo místico de Cristo, siguen sucediendo. Profesamos que una Benevolencia transformadora ha saturado el sufrimiento humano incluso en sus manifestaciones más extremas, llegando hasta las profundidades mismas del infierno, y que, por tanto, ninguna desolación es definitiva.

Tal es nuestro Evangelio. Nuestro tiempo clama por él. Los jóvenes que se lamentan en nuestros parques con el corazón encogido tienen hambre de él. Y escuchan cuando se les presenta «con autoridad» por cristianos capaces a la vez de exponer y manifestar su verdad sin compromisos, demostrando la gracia de Cristo que puede renovar y transformar nuestras vidas: O BONITAS (¡Oh, bondad!)

En Claraval, en 1139, Bernardo predicó su último sermón sobre el Salmo 90 en la víspera de Pascua. En él se respira la alegría de un atleta que ha terminado la carrera. La vida de un monje, dice san Benito, debe ser una Cuaresma continua, siempre centrada en la victoria de Cristo sobre la muerte. El tiempo litúrgico revela el sentido de nuestra existencia como tal. Bernardo lo hace explícito. Las pruebas de la vida son dolores de parto. Nos hacen descubrir qué significa estar vivos: «Vivimos plenamente cuando la vida es vívida y vital». Nacimos para dar fruto. Hay una «esperanza de gloria» en la tribulación, dice Bernardo a sus monjes antes de corregirse y decir que no, que la gloria está en la tribulación, de la misma manera que el fruto está en la semilla. Exclama: «Hermanos míos, la gloria se esconde ahora en la tribulación; la eternidad se

esconde en el momento presente, un peso sublime y desmesurado en esta levedad».

La inversión es completa. Lo que ahora nos oprime carece de sustancia duradera. El peso de la gloria nos atrae hacia arriba, hacia una gloria magnífica y múltiple. Configurados a una participación plena en la vida de Cristo, conoceremos la alegría paciente de Dios que proclama en el Salmo 90: «Yo estoy con él en la tribulación». También dice: «Mis delicias son estar con los hijos de los hombres». «¡Oh Emmanuel!», responde Bernardo: «¡Dios con nosotros!». Y añade: «Alégrate, llena de gracia, el Señor está contigo», delineando con delicadeza el carácter mariano del crecimiento en la gracia hacia la auténtica madurez cristiana. Dios sabe lo que deseamos y de qué tenemos sed, qué es de nuestro gusto. No debemos conformarnos con poco. Debemos conocer, y proclamar, a imagen de quién estamos hechos, de qué grandeza somos, por gracia, capaces.

A la mañana siguiente de predicar este último sermón, Bernardo debió abrir su Gradual para cantar el introito de Pascua: el encantador Resurrexi en el sexto modo, «grave» (modus gravis), una expresión musical de una gravedad que impulsa hacia arriba. Esta composición litúrgica proclama la resurrección con un asombro silencioso. Eleva la alabanza de la Iglesia ante la tumba vacía hasta el abrazo eterno de la Santísima Trinidad. Atraídos finalmente a ese abrazo por la victoria pascual de Cristo, veremos tal como somos vistos, conoceremos tal como somos conocidos. Al fin, amaremos perfectamente.

Por ahora, aún, conocemos y vemos en parte mientras velamos en la noche. Trabajamos. Servimos. Enseñamos. Entramos en combate cuando es preciso. Nos esforzamos por amarnos y honrarnos mutuamente, con los ojos fijos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe. Él, el Cordero de Dios, es nuestra lámpara. Su amable luz, aun cuando está oculta, está llena de alegría.

Epílogo

Palabras finales del Papa León XIV

Al concluir la semana de ejercicios, el Papa León XIV agradece a Mons. Varden su acompañamiento espiritual, destacando las meditaciones sobre la libertad, la verdad y la esperanza. Evocando la inscripción de la Capilla Paulina –“Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia”– y las palabras de Pablo a los Filipenses, el Santo Padre dirige a todos los presentes una última invitación: “Comportaos de una manera digna del Evangelio de Cristo”.

Antes de concluir esta semana de ejercicios espirituales y de retiro, tengo el placer –un momento de bendición– de poder dar las gracias, sobre todo, a nuestro predicador, que nos ha acompañado y ayudado durante estos días a vivir una experiencia profunda, espiritual, muy importante en nuestro camino cuaresmal, comenzando el domingo con «Las tentaciones», y reflexionando sobre el ejemplo, el testimonio de San Bernardo, la vida monástica y tantos otros elementos de la vida de la Iglesia.

Debo reconocer que personalmente me he sentido, en algunos momentos, particularmente invitado a reflexionar. Por ejemplo, esta mañana, cuando hablábamos de la elección del Papa Eugenio III y San Bernardo dijo: «¿Qué habéis hecho? Que Dios tenga piedad de vosotros».

Luego, esta capilla –os cuento– el día 8 de mayo, cuando estábamos aquí reunidos para la celebración eucarística. Aquí arriba está la inscripción de la Carta de San Pablo a los Filipenses que dice estas palabras: «Para mí la vida es Cristo, y la muerte, una ganancia». Así pues, en este contexto y con este espíritu de comunión, todos nosotros reunidos trabajamos juntos, pero a veces muy separados; y encontrarnos en oración es también –creo–

un momento muy importante de nuestra vida, reflexionando sobre tantas cuestiones que son importantes para nuestra vida y para la Iglesia.

No tengo intención de hacer un repaso de toda la semana, sino más bien de compartir algunos elementos. Por ejemplo, la referencia al Doctor de la Iglesia John Henry Newman y al poema «El sueño de Geroncio», donde Newman utiliza la muerte y el juicio de Geroncio como un prisma a través del cual el lector es conducido a contemplar su propio miedo a la muerte y su propio sentido de indignidad ante Dios.

Hay otros elementos como la libertad, la verdad, tan importantes en nuestra vida. Y en todo esto, esta tarde, con la reflexión sobre la esperanza y sobre la verdadera fuente de la esperanza, que es Cristo, he vuelto a releer la Carta a los Filipenses. En la continuación del texto que está escrito aquí arriba, donde Pablo dice: «Pero si el vivir en la carne significa para mí trabajo fecundo, no sé qué escoger. Me siento apremiado por las dos partes: por un lado, deseo partir y estar con Cristo, lo cual, ciertamente, es con mucho lo mejor; mas, por otro lado, quedarme en la carne es más necesario para vosotros. Y, persuadido de esto, sé que me quedaré y permaneceré con todos vosotros para el progreso y el gozo de vuestra fe». Y luego añade: «Solamente comportaos de una manera digna del Evangelio de Cristo».

He aquí: esta es la invitación al final de estos días de oración y de reflexión, que la misma Palabra de Dios nos dirige a todos nosotros: «Comportaos de una manera digna del Evangelio de Cristo».

En nombre de todos los presentes, pues, le doy las gracias, monseñor Varden, por todo lo que nos ha ofrecido en estos días. Su sabiduría, este testimonio suyo y de la vida monástica de San Bernardo, la riqueza de sus reflexiones, serán todavía durante mucho tiempo fuente de

bendición para nosotros, de gracia, de encuentro con Jesucristo.

Quisiera también, en este momento, dar las gracias a los colaboradores del Oficio de las Celebraciones Litúrgicas que han preparado todo el material para nuestra oración, así como al coro, que creo que todavía está presente. Gracias por ayudarnos con la música, que es tan importante también en nuestra oración. La música –creo que monseñor Varden lo dijo en algún momento– nos ayuda de una manera que las palabras no pueden alcanzar, elevando nuestro espíritu hacia el Señor.

Así pues, gracias, muchas gracias a todos vosotros por vuestra presencia y participación en estos días.

Podemos concluir con la bendición.

Buenas tardes y gracias a todos.



Acerca del autor

Erik Varden nació el 13 de mayo de 1974 en Sarpsborg, Noruega (diócesis de Oslo). Realizó sus estudios filosófico-teológicos en Cambridge, donde obtuvo el doctorado en Teología, y en el Pontificio Instituto Oriental de Roma, donde consiguió la licenciatura en Ciencias Eclesiásticas Orientales. Ingresó en la Orden de los Cistercienses de la Estricta Observancia en 2002 y realizó la profesión solemne en la abadía de Mount St. Bernard, en Leicestershire, el 6 de octubre de 2007. Fue ordenado sacerdote el 16 de julio de 2011.

Posteriormente enseñó en el Pontificio Ateneo de San Anselmo, en Roma, y al mismo tiempo trabajó para la sección escandinava de Radio Vaticana. Más tarde regresó a la abadía de Mount St. Bernard, donde asumió la responsabilidad de superior ad nutum (desde 2013). En 2015 fue elegido abad de Mount St. Bernard. En 2019, el Papa Francisco lo nombró obispo prelado de Trondheim, en Noruega, y fue ordenado obispo en 2020. Desde 2023 ejerce también como administrador apostólico de la Prelatura de Tromsø; desde 2024 es presidente de la Conferencia Episcopal Escandinava. En 2025, el Papa León XIV lo nombró miembro del Dicasterio para el Clero. Escribe regularmente sobre fe y cultura en su blog www.coramfratribus.com